

## III. — EL CONCILIO DE NICEA (325).

Proclamando la libertad de cultos, el edicto de Milán había puesto al gobierno fuera y por encima de las contiendas religiosas; posición excelente que no pudo conservar Constantino. El interés de la paz pública lo obligó muy pronto a volver a la vieja doctrina romana de la religión subordinada al príncipe. Pero no se trataba ya de aquellos cultos sin dogmas ni enseñanza, sin vínculos entre sí, sin autoridad fuera de las ciudades en que estaban establecidos y que tenían por jefe al mismo del Estado, al pontífice rey. La Iglesia era una corporación inmensa, que poseía una disciplina y una jerarquía; con la doctrina de la inspiración del cielo, que se reputaba siempre activa en el seno de la comunidad, tomaba sus reglas de conducta en una esfera más alta que la de la ley común; así, no hará caso de ésta, sino cuando la obligue la necesidad, ó cuando pueda plegarla a sus intereses. La antigüedad greco-latina no había conocido nunca semejante poder, y apoderarse de él y conservarlo mucho tiempo era imposible a la autoridad pública.

Pero la creencia en la intervención del Espíritu Santo causaba en este gran cuerpo continuas perturbaciones. La Iglesia había tenido ya innumerables sectas, que se perseguían mutuamente con sus anatemas, y todavía tendrá muchas más; y proponiéndose Constantino llevar la unidad y la paz a aquel mundo irascible y violento, en que cada uno de los partidos contendientes creyó siempre poseer la verdad, tomaba sobre sí una carga muy pesada. Todo su reinado estará turbado por esto, y por los mismos desórdenes pasarán sus sucesores, hasta el tiempo en que el clero cristiano logre sustraer las cuestiones religiosas al examen de los gobiernos, y después de haber celebrado con júbilo la entrada de la Iglesia en el Estado, se sienta bastante fuerte para meter el Estado en la Iglesia.

¿Podía Constantino obrar de otra manera? El honesto y tranquilo deísmo que formaba su religión no bastaba a aquellos inflamados espíritus. Vamos a verlo impelido a dar a la Iglesia su arma más formidable, reuniendo el primero de aquellos concilios ecuménicos, que se revolverán contra sus sucesores.

Luego que la derrota de Licinio lo hubo hecho dueño del Asia, promulgó dos edictos: uno para suspender todos los efectos de la última persecución, y el otro, verdadero mandamiento de obispo, lleno de mansedumbre y de unción, para exhortar a sus pueblos a adorar al Dios supremo «que elevando por su hijo la faz resplandeciente, ha advertido al mundo que venga al culto de su divinidad.»

Esta carta que es una profesión de fe cristiana, no tiene nada del estilo imperioso y vivo de Constantino. Con toda evidencia fué escrita por un obispo, y este obispo debió de haber sido aquel que, desde el edicto de Milán, tenía por secretario para los asuntos eclesiásticos, Osio de Córdoba. Pero se vuelve a encontrar al príncipe y su constante pensamiento en la recomendación muchas veces repetida de que todos vivan en paz, con espíritu de mutua tolerancia.

¡Ah! la tolerancia informaba la política del príncipe; pero no estaba ni podía estar en la conducta de hombres que se creían dueños del porvenir de la humanidad, dispensadores de la salud eterna ó de la eterna condenación de las almas. En el momento en que publicaba Constantino su pacífico rescripto de 324, la más violenta de las contiendas que han agitado a la Iglesia estallaba en Alejandría y se extendía por todo el Oriente.

Había en Egipto perturbaciones y rebeldías disciplina-

rias: el obispo de Licópolis, Melecio, partidario de las rígidas doctrinas, se había negado a someterse a la autoridad de su metropolitano, Alejandro, y Coluto procuraba defender los antiguos derechos de los presbíteros ó ancianos contra las usurpaciones de la autoridad episcopal. Por otro estilo, grave era la cuestión suscitada por Arrio, sacerdote de Alejandría, célebre por su ciencia, la austeridad de su vida y por su irresistible dialéctica. «Si el Hijo fué engendrado por el Padre, como enseña la Iglesia, decía el herejarca, el Padre existía antes que el Hijo, y no hay, por consiguiente, igualdad entre las dos primeras personas de la Trinidad.»

El raciocinio es exacto, pero querer llevar al misterio la razón pura es destruir el misterio (1). Arrio salvaba al Dios del espíritu que los filósofos ponían solitario en el trono de la eternidad; pero mataba al Dios del corazón, el Dios que la imaginación veía en los campos de Galilea y a orillas del Jordán, en medio de los niños y de las piadosas mujeres, en la gloriosa transfiguración del Tabor y en la ensangrentada cruz, ó alzando la piedra de su sepulcro, prenda de la resurrección universal que había prometido.

Para fundar una religión, éste era el Dios que debía guardarse. Los hombres de gobierno, que fueron siempre numerosos en la Iglesia, al lado de los místicos, no se engañaban en esto: sabían muy bien que todo el cristianismo estaba en el Cristo; que su divinidad era la gran novedad religiosa y que si ésta se falseaba, todo el edificio se hundía.

Ahora bien, haciendo de Jesús sólo la primera de las criaturas, quitándole la eternidad, se abría de nuevo la puerta a los que no verían en él más que un hombre, como lo habían enseñado ya Cerinto, los ebionitas y Pablo de Samosata.

Consecuencia más peligrosa aún era esta otra: dábese satisfacción a muchos paganos ó a convertidos a quienes la Trinidad inquietaba, y que, con el arrianismo, encontraban su Dios único, el mismo que el emperador adoraba.

Así pues, los ortodoxos hubieron de turbarse hondamente a la reaparición de la tenaz herejía, que bajo el velo de expresiones teológicas, era una reincidencia ofensiva del racionalismo vencido contra el cristianismo triunfante. Alejandro separó a Arrio de su comunión y cien obispos de Libia y de Egipto, reunidos en sínodo, ratificaron la sentencia de su metropolitano, condenando, con el herejarca, a dos obispos y once diáconos adictos (321).

Pero había muchos más, y se le pueden encontrar ilustres predecesores: Platón y Aristóteles, es decir casi toda la filosofía griega; Filón, el gran judío de Alejandría, y los neoplatónicos, que habían descompuesto el ser divino por repugnancia a hacer salir el mundo de Dios, lo múltiple de la unidad, lo imperfecto de la perfección, el movimiento de la inmovilidad. Esta gloriosa descendencia explica la larga popularidad del arrianismo en las provincias orientales, donde la sutileza helénica se complacía en estas insolubles cuestiones, y la indiferencia de las provincias occidentales, donde el espíritu, menos dispuesto a las quimeras, no gustaba aun de agitarse confusamente en las tinieblas metafísicas. «Entre los paganos, dirá muy pronto el griego Temistio, hay más de trescientas opiniones sobre la divinidad: no hay pues que extrañar que los cristianos no se entiendan sobre esta cuestión.» En vano repetía Alejandro a sus adversarios: «Ateneos a los Evangelios. El piadoso-

(1) Sobre los antecedentes del arrianismo, que tenía profundas raíces en el espíritu humano, aun en la creencia cristiana, véase el *Pastor de Hermas* y las pseudo-Clementinas. Puede encontrarse también entre los nominalistas de la Edad media y aun de nuestros días.

simo San Juan ha puesto la esencia del Verbo por encima del conocimiento de los hombres: los ángeles mismos lo ignoran. No preguntéis pues nada más, ni menos procuréis someter a vuestro examen lo que está por encima de la inteligencia.» «Cuando se trata de misterios, decía otro, no busquéis el por qué ni el cómo.» Prudentes palabras que nuestra insaciable curiosidad no escuchará nunca. El infinito nos atrae y quisiéramos siempre sondear su impenetrable profundidad, en vez de contestar

con un silencio humilde  
del Ser supremo al eterno silencio (1).

Esta impotente investigación es a la vez el honor y la miseria del espíritu humano.

Arrio se refugió al lado de Eusebio en Nicomedia (322). Algunos obispos se adhirieron a su doctrina; se opuso sínodo a sínodo; se devolvió a los arrianos el ejercicio del culto, lo que valía tanto como anular la sentencia de los obispos egipcios y Alejandro tuvo que recibir de nuevo en su iglesia al que había expulsado de ella. No fieles se dividían: todo eran disputas y contiendas sobre el Padre y el Hijo, y los paganos llevaban la Trinidad al teatro, como asunto de risa (2).

Constantino oyó en fin estos ruidosos escándalos y se llenó de indignación.

«Me había propuesto, escribía a los dos adversarios, atraer a una sola forma la opinión que todos los pueblos se forman sobre la divinidad, porque la conciliación sobre este punto hubiera facilitado la gestión de los negocios públicos. Por eso, cuando una intolerable locura turbó últimamente el Africa, encargué a algunos de vosotros de restablecer la paz entre los disidentes. Pero ¡oh bondad divina! ¡qué noticia viene a herir mis oídos! He sabido que entre vosotros mismos hay más divisiones que había en Africa.

»Sin embargo la causa es bien ligera y enteramente indigna de esa contención de las almas. Tú, Alejandro, has querido saber lo que tu clero pensaba sobre un punto de la ley, cuestión sin importancia, y tú, Arrio, has dicho lo que no debías pensar, ó si lo pensabas, lo que no debías decir: de aquí provienen las discordias que dividen al pueblo en dos facciones. No se debiera interrogar ni responder, porque estas cuestiones sólo son buenas para divertir los ocios ó para ejercitar el ingenio. ¿Es justo que por vanas palabras empeñéis tan porfiada contienda hermanos contra hermanos? En nombre del Dios máximo, cuyo adorador soy, os ruego que hagáis de modo que vuelva el pueblo a la unión. Dadme días tranquilos y noches sin inquietud.»

Constantino, que trataba tan atinadamente el más difícil problema del cristianismo, no hablaba sin embargo como teólogo, sino como discreto y prudente príncipe: su religión era la paz pública, y su Dios el que, a su vez, podían aceptar todos.

Su secretario Osio llevó esta carta a Alejandría y en vano procuró, con ella y todo, restablecer la concordia: Egipto estaba ardiendo; los obispos se acusaban recíprocamente de herejía, y los pueblos seguían a sus pastores en

(1) A. Vigny: *La esperanza en Dios*.

(2) Sócrates, *Hist. ecles.*, I, 6, y para época más reciente, muchos lugares de Gregorio Nacianceno. Para propagar sus ideas, hubo de componer Arrio la letra para ciertas canciones conocidas «que cantaban los viandantes, los molineros, los artesanos, etc.» (Filostorgo, II, 2). Gregorio y Efrén emplearon el mismo medio de propaganda religiosa. Los salmos también se cantaban: ciertos himnos de Gregorio hasta fueron recibidos, en Oriente, entre los cantos de la Iglesia.

sus amistades y odios (3). Constantino tuvo entonces un gran pensamiento político: resolvió llamar a su presencia a todos los obispos de la cristiandad y hacerles redactar un credo, que después de discutido y aprobado por mayoría de votos viniera a ser la ley del imperio: El príncipe se encargaría de imponer esta ley a sus pueblos, a los obispos y a los doctores recalcitrantes.

Cuando Constantino decía a los obispos: «Entendeos, en fin, sobre el asunto de vuestra fe y someteos a lo que decida la mayoría,» tomaba una medida de supremo buen sentido; pero cuando añadía que él mismo haría ejecutar esta decisión, iba ya contra su edicto de Milán, al cual le hubiera valido más atenerse. Para aquel genio político, la tolerancia de 313 había sido un medio de gobierno; la intolerancia de 325 será otro, entendiéndose que el concilio y su credo serían para él lo que Tácito había llamado instrumentos de reinar.

Más de doscientos cincuenta obispos (4), pertenecientes a las provincias que formarían el imperio de Oriente, respondieron a su llamamiento acudiendo también uno de la Persia y otro de la Gotia; prueba de que el cristianismo había salvado mucho antes las fronteras del imperio. El obispo de Roma, ó como Sócrates lo llama «el obispo de la ciudad imperial,» se hizo representar por dos sacerdotes.

Sin demasiada ambición, podía pues llamarse esta congregación concilio ecuménico ó asamblea de todos los obispos de la tierra habitable. Osio, el confidente del emperador, parece haber tenido la dirección de las sesiones en las cuales el sacerdote Atanasio, el grande enemigo de Arrio, tomó parte muy activa (5).

Para las sesiones, hizo disponer Constantino la basílica de Nicea, uno de los vastos edificios que tenían las ciudades greco latinas para uso de los mercaderes y litigantes.

Bien era una gran causa la que iba a verse allí, la del porvenir religioso del mundo. En nuestros días, se admira la audacia de aquellos hombres que se atrevieron a decir a Dios lo que era y lo que no era, olvidando sin duda que podían oír la voz de Jehovah tronando sobre sus cabezas,

(3) Es difícil admitir la extraña y larga carta que se supone dirigida por Constantino a Arrio (V. Baronio, *Ann. eccl.*, 318, ó Labbé, *Conc. gen.*, t. II, pág. 270). Que escritores posteriores citen fragmentos de ella no es una prueba de autenticidad, porque contemporáneos mismos de Constantino desfiguraban sus edictos, y le atribuían discursos que no había pronunciado. El prudentísimo y católico Lebeau (*Hist. del Bajo Imp.*, t. I, p. 244), no puede resolverse a aceptarla. Hay que decir, sin embargo, que las cartas de Constancio, citadas por Atanasio en su *Apología*, son igualmente verbosas y que los amanuenses imperiales de aquel tiempo hacían hablar a sus amos sin dignidad, presentándolos más bien como predicadores que como príncipes.

(4) Eusebio, *Vida de Const.*, II, 8. Atanasio (*Contra Arrio*) dice trescientos diez y ocho obispos, sin duda por la razón de haber tenido Abraham igual número de siervos. El segundo concilio ecuménico, el de Constantinopla, en 381, tuvo el mismo número de Padres. Cada obispo llevaba consigo muchos sacerdotes y diáconos, por lo cual hubo que poner las postas imperiales al servicio de los ilustres viajeros, y Constantino proveyó a sus necesidades. Sócrates, Teodoreto y Sozómenes pretenden que algunos obispos, en disidencia unos con otros, entregaron al emperador numerosas memorias que él, por espíritu de paz, arrojó al fuego.

(5) Atanasio, que nació en Alejandría hacia 296, tenía unos 29 años de edad. Es de notar que este gran defensor del Dios, único en su esencia, sin serlo en su persona, era de un país donde esta creencia formaba el principal dogma de la religión nacional; pero en el fondo, la triada egipcia era muy diferente de la trinidad cristiana. Alejandro tuvo por sucesor (326) a Teonas, que sólo ocupó tres meses la silla episcopal, para la que fué nombrado Atanasio por una minoría ortodoxa. Un escritor católico reconoce en su doctísimo libro sobre el famoso obispo, que en esta elección se violaron los cánones (Fialón, *San Atanasio*, p. 110).

para preguntarles, como á los amigos de Job, cuando estos pretendían medir su poder y discutir su justicia:

«¿Dónde estabais vosotros, cuando los ángeles del cielo saludaron á coro los nuevos astros que suspendía yo en lo alto del firmamento?»

«¿Dónde, cuando encerraba en sus barreras el mar salido del seno maternal y le dije: ¡De aquí no pasarás! Si lo sabéis decídmelo.»

«¿Sois vosotros los que mandáis al alba matinal? ¿Sois vosotros los que fijáis el punto del cielo en que debe aparecer la aurora?»

«¿Habéis andado por las simas del mar? ¿Habéis bajado á las profundidades de los abismos? Hablad pues, si podéis.»

Pero en aquel tiempo nadie se espantaba de tales temeridades, porque filósofos y teólogos tenían la misma pretensión de medir lo infinito y ver lo invisible. Los pueblos los escuchaban con avidez, y no creían más que á aquellos que, del cielo entreabierto hacían descender á un Dios de sangre y carne, carne que había sido herida y sangre que había corrido. Las hipótesis divinas de los neoplatónicos los dejaban indiferentes y fríos, mientras Cristo, pobre, azotado y muriendo en la cruz para salvarlos, estaba presente á sus ojos con las manos traspasadas, el costado abierto y la cabeza inclinada en las angustias de la agonía. En los últimos latidos de su corazón, sentían el inmenso amor de la humanidad, que no habían tenido jamás sus dioses de mármol y de bronce, y no reducían á una vil prosa el magnífico poema de la pasión. No decían ellos: Si Jesús no es más que un hombre, su muerte es sublime; si es un Dios, su muerte fué una ilusión, un breve sueño, y sus sufrimientos para el rescate del mundo no fueron más crueles ni más largos que los de una madre en su parto, la cual sonríe en medio de sus dolores porque sabe que cesarán en cuanto le nazca el hijo (1). Cristo, vencedor de la muerte y trayendo á los hombres el desdén de las miserias de la vida, con la esperanza de la eterna compensación, era la visión triunfante que los libraba de su mayor espanto, el horror de la destrucción. He aquí el Dios ahora popular, y pues que lo atacaban con razones metafísicas, á la metafísica tocaba defenderlo. El emperador no tenía gusto para tales discusiones; pero estaban en el gusto público y era menester aceptarlas.

A mediados de junio de 325 comenzaron á llegar los Padres: Constantino había convocado á Arrio, y se dice que acudieron también algunos filósofos á aquellas grandes sesiones de la filosofía y de la religión, con su creencia en el *Logos*, que ocupaba el lugar del Verbo cristiano, y en el *Demiurgos* del Timeo, que parecía corresponder al Hijo de Dios, ejecutor del pensamiento divino.

Obispos y filósofos disputaron con frecuencia. Los autores eclesiásticos sólo nos han conservado el recuerdo de aquellos debates que ellos terminan naturalmente con la derrota de los paganos, á veces con ayuda de este argumento, muy exacto en sus labios y que había sido el de Tertuliano: «La fe no necesita demostración.» No seña ya, en efecto, más que la razón si pidiera razones.

Jesucristo había dicho:

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra, bienaventurados los que lloran, porque ellos serán

(1) Los maniqueos y los marcionitas sostenían que la pasión no era más que una apariencia (San Epifanio, *Her.* LXIX, 51 y 61). En aquel tiempo se creía que nuestra tierra era el centro del mundo, y el universo parecía haber sido hecho para el hombre rey de toda la naturaleza. Nadie pensaba en las humanidades siderales que sin duda pueblan lo infinito. ¿Se habría hecho también para ellas la obra de la redención?

consolados; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.— Sabéis que se ha dicho: No matarás. Pero yo os digo que aquel que se enoje contra su hermano, merecerá ser condenado por el consejo. Si pues cuando traigas tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja la ofrenda en el altar y ve á reconciliarte con tu hermano y luego vuelve á presentar tu ofrenda.

«Sabéis que se ha dicho: No comerás adulterio. Mas yo os digo que cualquiera que mire á una mujer con mal deseo, ya ha cometido adulterio en su corazón. También se ha dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: Si alguien os hiere en la mejilla derecha, ofrecedle también la izquierda. Si alguno quiere litigar contra tí para quitarte la túnica, abandónale también la capa.»

«Se ha dicho también: Amaréis á vuestro prójimo y odiaréis á vuestro enemigo. Y yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á quien os aborrezca, rogad por los que os persigan y calunnien. Porque si sólo amáis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?»

«No juzguéis para no ser juzgados. ¿Por qué veis una paja en el ojo de vuestro hermano y no veis una viga en el vuestro? Haced á los demás lo que quisierais que os hicieran á vosotros. Esta es la ley y los profetas. Pero no hagáis vuestras buenas obras para ser vistos de los hombres; de otra manera no recibiríais la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Así, pues, cuando deis limosna, no hagáis tocar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles. En verdad os digo que esta gente llevó su merecido.»

«Y cuando oréis no os asemejéis á los hipócritas, que están de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres; sino entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta y orad á vuestro Padre en secreto. Y no habléis mucho como los paganos, que creen que con muchas palabras serán oídos. Porque vuestro Padre sabe vuestras necesidades antes de que le pidáis. Así habéis de orar: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos abandones en la tentación, mas líbranos de mal.»

He aquí las sencillas y bellas palabras que habían conquistado las almas porque iban al corazón. Para fundar una Iglesia, una disciplina, faltaba otra cosa: un dogma, misterio y sobrenatural. Los apóstoles y los doctores habían trabajado en esta obra cerca de tres siglos; pero la sociedad cristiana no tenía aún su constitución escrita en breves palabras y aceptada por todo el episcopado: el concilio de Nicea le va á dar esta constitución.

Comenzó el concilio sus trabajos el 5 ó 6 de julio de 325 en presencia del emperador. Osio, sentado á su derecha, abrió la sesión con algunas palabras de gratitud para el príncipe. Constantino declaró en seguida á los obispos que los había congregado para restablecer la paz y concordia en la Iglesia. «Haciéndolo así agradecerán al Dios supremo y prestarán un gran servicio al príncipe su hermano en el culto de Dios (2).»

(2) Eusebio (*Vida de Const.* III, 11, 12) no nombra al obispo sentado á la derecha del príncipe acaso para hacer pensar que era él. La probabilidad está por Osio, que firmó primero los cánones y el credo. En Teodoro (II, 15) dice Atanasio: «¿Ha habido algún concilio en que no haya presidido Osio, el obispo más ilustre del siglo?» Constantino habló en latín, la lengua oficial, que siguió siendo hasta 397 la lengua de los tribunales para todo el imperio (*Cod. Justin.* VII, 45, 12). De-

No hay para qué referir en esta historia los debates que se suscitaron en el seno de la asamblea, las iras de los ortodoxos, las calculadas reticencias de los eusebianos, como se llamaba á los secretos partidarios de Arrio, sus esfuerzos para prevenir una condenación oficial, ni el embarazo del emperador en medio de aquellas sutilezas que el viejo soldado no comprendía, ó desdeñaba cuando llegaba á comprenderlas (1). Nos bastará recordar la argumentación de Arrio y la contestación del concilio, contenida en su credo. El Padre existe por sí mismo, decía Arrio, y el Verbo no es eterno, puesto que fué sacado de la nada por la voluntad del Padre, que entonces estaba solo: no es de la misma sustancia, porque la sustancia divina no podía engendrar sino una sustancia igual á sí misma, es decir no engendrada. El Padre es incomprendible para el Hijo, como para todas las criaturas, porque lo que ha comenzado no podría comprender lo que no tiene principio. El Hijo no conoce su propia sustancia, ni participa más de la perfección moral de Dios que de sus atributos metafísicos. Como criatura puede cambiar, y de bueno venir á ser malo, como sucedió al ángel caído.

Atanasio tenía razones contrarias, pero de naturaleza semejante, para oponer á esta teogonía, nacida del cerebro de Arrio, una teogonía distinta, que la dialéctica mostraba igualmente, porque la dialéctica lo demuestra todo, como instrumento que hace salir de las premisas lo que se ha puesto en ellas.

Estos esfuerzos de lógica interesaban á los doctores refinados; pero no movían la mayoría, compuesta de hombres sencillos y piadosos, muchos de los cuales llevaban la marca del martirio, y no necesitaban tantos raciocinios para creer en su Dios. Por Jesucristo habían sufrido el tormento, y muchos de sus hermanos habían ido á la muerte por Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero Dios él mismo. Como se les decía que no podía serlo sino á condición de haber sido formado de la sustancia del Padre, votaron contra Arrio que sólo hacía de él un Dios subordinado, casi un hombre. La lengua griega con sus infinitos recursos dió la palabra necesaria para designar esta unidad de sustancia, *ὁμοούσιος*, que se ha traducido por consustancial.

Esta vez fué Jesús reconocido por Dios. Había otra manera de salvarlo, y era no confundirlo con el Padre. Después de haber establecido la identidad de sustancia, conservó el concilio la distinción de las personas, renovando el anatema contra los sabelianos, que no habían visto en los actos de la Trinidad más que tres operaciones de un solo ser divino; de modo que el Cristo histórico no habría sido más que una aparición pasajera de Dios bajo el velo de la humanidad. La decisión del concilio era en el fondo un asunto de sentimiento más bien que de metafísica; pero ¿no es el sentimiento lo que conduce el mundo?

El credo de Nicea, que después de más de quince siglos, profesa aún la Iglesia católica (2), está así concebido:

*creta a pratoribus latine interponi debent* (Digesto, XLII, I, 48). Un obispo tradujo en griego su brevisimo discurso.

(1) Se le hace intervenir muy doctamente en las discusiones teológicas, y lo dudamos, porque si tan bien hubiera tratado la cuestión de la consustancialidad, no habría favorecido poco tiempo después á los que la negaban ni desterrado á sus adversarios. Eusebio (*Vida de Const.* III, 13) no habla más que de sus esfuerzos para calmar los ánimos: *universos ad concordiam incitavit*.

(2) El credo de la misa es el que decretó el segundo concilio ecuménico en Constantinopla el año 381. Para combatir las herejías sobrenvenidas desde 325, hizo muchas adiciones al símbolo de Nicea, que es siempre el fondo de la fe católica. Las palabras en caracteres itálicos son las adiciones hechas en 381: Creo en un solo Dios, Padre

«Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, creador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre, por quien se hicieron todas las cosas; que por nuestra salud descendió, tomó carne y se hizo hombre; que resucitó al tercer día, subió al cielo y vendrá otra vez á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo también en el Espíritu Santo.»

Y el concilio añadía:

«Si alguno dijere que ha habido un tiempo en que el Hijo no existía, ó que el Hijo de Dios es de otra sustancia, sea excomulgado.»

Todos los obispos, salvo dos, aceptaron este símbolo; y con una carta sinodal, dirigida por los trece arzobispos ú obispos metropolitanos, Osio á la cabeza, se trasmitió á todas las iglesias «que hay bajo el cielo.»

Esta declaración en cuatro líneas era el acontecimiento más trascendental de la historia; porque, constituyendo la unidad doctrinal de la Iglesia; los Padres de Nicea echaban los cimientos de su omnipotencia, y Constantino, instituyendo por su parte los concilios generales, le daba el medio de seguir las evoluciones del pensamiento cristiano y aun de precipitarlos. La ciudad había tenido hasta entonces una misma fe política y religiosa, y en adelante tendrían dos, cada una con su ley y su jefe diferentes.

La unidad social quedará pues rota, y estallarán largas guerras entre los representantes de estos dos principios contrarios, que alternativamente victoriosos y vencidos irán, éste á humillarse á Canosa, y aquél á encerrarse en su Vaticano solitario.

Después del dogma, se ocupó el concilio de la disciplina. Había arreglado tímidamente el negocio de Melecio, dejándole su título de obispo, pero prohibiéndole desempeñar sus funciones. Señaló el día de Pascua, el domingo que seguía al plenilunio más próximo al equinoccio de la primavera, y formuló veinte cánones ó reglas de disciplina. No insertaremos más que las que tienen algún interés para la historia general.

1.<sup>a</sup> Exclusión de los órdenes sagrados para aquellos que por un celo mal entendido llegaban al extremo de mutilarse, como Orígenes.

2.<sup>a</sup> Necesidad de esperar, para conferir órdenes á los neófitos, á que estén bien instruidos y probados, á fin de prevenir las ordenaciones precipitadas.

3.<sup>a</sup> Prohibición del matrimonio á los clérigos (3).

omnipotente, que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial al Padre, por quien se hicieron todas las cosas; que descendió de los cielos por nosotros los hombres y por nuestra salud, tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, y fué hecho hombre; que por nosotros también fué crucificado, padeció bajo el poder de Poncio Pilato y fué sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo; que está sentado á la diestra de Dios Padre y vendrá otra vez, con gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos, y cuyo reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre (y del Hijo); que es adorado y glorificado con el Padre y el Hijo, y habló por los Profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un bautismo para la remisión de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venturo. Amén. (Traducción del P. Le-Brun, del Oratorio, en su libro la *Explicación de la misa*, p. 249).

(3) Muchos clérigos estaban ya casados antes de recibir las órdenes: el concilio no rompió este vínculo; pero la Iglesia exigió que la esposa no fuera ya más que una hermana. El *Código Teod.* (V, 3, anno 434; XVI, 2, fr. 10, 14, 44, anno 353, 357, 420) habla de las